

artista capilar que hoy en día no tiene más que un sentido irónico.

Un motivo de estupor siempre renovado es para mí ver con qué desprecio, con qué indiferencia por sus placeres los hombres descuidan ampliar sus dominios. Me producen el mismo efecto de aquellas gentes que no se lavan más que las manos y la cara, cuando creen que es un deber limitar a éstos las partes voluptuosas. Si a algunos de éstos les gustan los encantos del azar, no se ve que se preocupen por reproducirlos. Ningún sistema, ningún intento de codificación del placer. No se llega a comprender cómo son todavía susceptibles de vez en cuando de tener lo que graciosamente denominan vicios. No educan su cuero cabelludo, y sus peluqueros pierden con indolencia la ocasión de procurar a éstos ignorantes los placeres que tan fáciles les sería de conceder. No creo que jamás se haya enseñado esta geografía del placer que en la vida sería una singular ayuda contra el aburrimiento. Nadie se ha ocupado en asignar sus límites al escalofrío, sus dominios a la caricia, su patria al placer. Localizaciones groseras, he aquí lo que el hombre ha extraído de la experiencia individual. Un día quizá los sabios se repartirán el cuerpo humano para estudiar los meandros del placer: encontrarán este estudio tan digno como cualquier otro de absorber la actividad de un hombre. Publicarán los atlas que tendrán que recomendarse como de obligada lectura para los chicos peluqueros. Aprenderán a dejar errar sus dedos sobre los cráneos: aprenderán a rezagarse al nivel de la moda con el que el placer alcanza su cumbre y a apartarlos de pronto hacia las escamas donde nuevos reinos nerviosos bajo la influencia del masaje entran bruscamente en danza, enviando curiosas punzadas hacia las orejas y regiones anejas del cuello. Y no hablo ya del rostro: que aprendan solamente a hacer temblar los elevadores de las

aletas de la nariz y ya podrán pasar por sutiles masajistas.

La psicología, esta pequeña chocha (1), que apenas se engaña con los peluqueros más que por el nombre de los perfumes, los tintes y el romanticismo de los peluqueros (conozco, rue du Débarcadère, uno de los comerciantes que os propone el peinado Alberto I rey de los belgas, el peinado Joffre, etc.) no tiene desde hace ya mucho, secretos para los sastres. Así, al final de la galería du Thermomètre, nos encontramos a Vodable que atrae a los clientes con su rótulo: *Sastre mundano*. También vende maletas y como él dice: *All traveling requisities*. No puedo dejar de recordar que era aquí donde Landru, experimentador sensible, compraba sus vestidos, probándose otros tantos símbolos misteriosos de su destino. Recuerdo que este hombre a quien le cortaron la cabeza, tenía en su casa la máscara de Beethoven y las obras de Alfred de Musset, que ofrecía a sus amigas de turno un bizcocho y un dedo de madera, que llevaba las palmas académicas. Curioso remate de todo un mundo. Me parece que este preciso lugar del pasaje donde estoy se encuentra exactamente emparejado a este hombre y a sus accesorios. Pienso con pena que no hay ningún problema en la Sala de Audiencias donde pudiera escribirse en cursiva:

En la sala de audiencias como en la ciudad
el señor LANDRU
se viste en el SASTRE MUNDANO

Pero, palabra, por un Landru muerto, diez desconocidos encontrados. Son los clientes del sastre: les veo desfilan como si yo fuera uno de aquellos aparatos tomavistas que fotografían al ralenti el gra-

(1) Var. *chivata*.

cioso desarrollo de las plantas. No son todos unos Don Juan de París, pero cierto parentesco en el traje, revela en ellos un misterio común. Aventureros sentimentales, estafadores soñadores, por lo menos prestidigitadores de sueños, vienen aquí a buscar elementos de su ilusión natural. Nada revelará estas actividades paradójicas que persiguen por gusto más aún que por necesidad, o sin duda por gusto y necesidad confundidos. Hace tiempo, siempre quizá, al margen del mundo y de la razón, ejercerán sus facultades imaginativas en las vías empíricas, con ocasión de hechos particulares y pintorescos. Un accidente, un día, puede entregarlos. Pero me los imagino con más frecuencia sumergidos poco a poco en una vejez equívoca con las rapiñas de los recuerdos. Peregrinas viudas insospechadas que guardan para sí mismas mil relatos llenos de sabor. El hombre actualmente no vaga ya más al borde de pantanos con sus perros y su arco: hay otras soledades que están abiertas a su instinto de libertad. Descampados intelectuales donde el individuo escapa de las obligaciones sociales. Allí vive un pueblo ignorado que se preocupa poco de su leyenda. Veo sus casas de campo, sus laboratorios de placer, sus equipajes de mano, sus calles, sus trampas, sus diversiones.

A la altura de la imprenta que hace tarjetas al minuto, justo encima de la pequeña escalera por la que se desciende a la rue Chauchat, en este punto extremo del misterio hacia el Septentrión, allí donde la gruta se abre al fondo de una bahía agitada por las idas y venidas de los mozos de mudanzas y los recaderos, en el límite de las dos claridades que oponen la realidad exterior al subjetivismo del pasaje, como un hombre que se aferra al borde de sus abismos, igualmente solicitado por las corrientes de objetos y por los torbellinos de sí mismo, en esta extraña zona donde todo es lapsus, lapsus de la

atención y de la desatención, parémonos un poco para experimentar este vértigo. La doble ilusión que nos mantiene aquí choca con nuestro deseo de conocimiento absoluto. Aquí los dos grandes movimientos del espíritu se equiparan y las interpretaciones del mundo pierden su poder sobre mí mismas. Dos universos se descoloran en su punto de encuentro; como una mujer adornada de todas las magias del amor, cuando la madrugada habiendo levantado su falda de cortinas penetra dulcemente en la habitación. Por un instante, la balanza se inclina hacia el golfo heteróclito de las apariencias. Extraño atractivo de las disposiciones arbitrarias: he aquí uno que atraviesa la calle, y el espacio en derredor suyo es sólido, y hay un piano en la acera y los coches sentados bajo los cocheros. Desigualdad de estaturas de los paseantes, desigualdad de humor de la materia, todo cambia según las leyes de la divergencia y, me sorprende mucho de la imaginación de Dios: imaginación vinculada a variaciones ínfimas y discordantes, como si el gran problema consistiera en equiparar un día una naranja y una cuerda, un muro y una mirada. Se diría que para Dios el mundo no es más que la ocasión de ciertos ensayos de naturalezas muertas. Hay dos o tres pequeñas cosas que tiene por costumbre emplear: lo absurdo, el desorden, lo trivial... no hay medio de sacarle de ahí.

De esta encrucijada sentimental, si alternativa-mente fijo mis ojos en este país de desorden y en la gran galería iluminada por mis instintos, a la vista de una u otra de estas apariencias engañosas, no percibo el más mínimo movimiento de esperanza. Siento como se estremece el suelo y de pronto me encuentro como un marino a bordo de un castillo en ruinas. Todo alude a un estrago. Todo queda destruido bajo mi contemplación. En el primer escalón, el sentimiento de inutilidad se ha puesto de

cuclillas junto a mí. Se viste como yo, pero con mayor nobleza. No lleva pañuelo. Tiene la expresión de lo infinito en su rostro y entre sus manos sostiene desplegado un acordeón azul que jamás toca y sobre el que se lee: PESIMISMO. Páseme este trozo de azul, mi querido Sentimiento de lo inútil, su canción agradaría a mis oídos. Cuando acerco los fuelles sólo se ven las consonantes:

PSMSM

Los aparto y he aquí las I:

PSIMISM

La E y la O

PESIMISMO

Y esto gime de izquierda a derecha:

ESIMISMO — PSIMISMO — PESIMISMO
PESIMISMO — PESMISMO — PESIISMO
PESIMISMO — PESIMIMO — PESIMISO
PESIMISM — PESIMISMO

PESIMISMO

La onda desemboca sobre este arenal con un estallido bárbaro. Y vuelve a tomar el camino de regreso.

PESIMISMO — PESIMISM — PESIMIS
PESIMI — PESIM — PESI
PES — PE — P — p..., nada más

Balanceándose tan sólo un pie en la mano, algo teatral y algo vulgar, su pipa de barro y su gorra